



Desde
10
años



EL REPARADOR DE POEMAS

MATÍAS GODOY

ILUSTRACIONES DE MARÍA FERNANDA MANTILLA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: María Fernanda Mantilla

Ilustración de cubierta: María Fernanda Mantilla

© 2014, Matías Godoy

© 2014, María Fernanda Mantilla

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4104-7

ISBN 10: 958-42-4104-4

Primera impresión: octubre de 2014

Segunda impresión: enero de 2016

Tercera impresión: agosto de 2016

Cuarta impresión: enero de 2017

Quinta impresión: junio de 2017

Sexta impresión: septiembre de 2017

Séptima impresión: agosto de 2018

Octava impresión: marzo de 2019

Novena impresión: enero de 2020

Impresión y encuadernación: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

MATÍAS GODOY (biografía)

Matías Godoy vive en las ruinas de un monasterio ortodoxo en una pequeña isla del lago Baikal, en la frontera entre Mongolia y Rusia. En verano, cuando el lago se descongela volviéndose intransitable, Matías se encierra a escribir todo el día y a la noche lee sus historias ante los locales, que a cambio le consiguen buenas liebres para asar. En invierno, en cambio, cuando los días se acortan y el lago se congela llenándose de caravanas, Matías suele visitar Irkutsk para comprar víveres, mandar cartas y jugar damas con su amigo Sergiusz, un antiguo contrabandista polaco que siempre lo retiene hasta altas horas de la noche o, lo que es lo mismo, hasta las cuatro o cinco de la tarde.

A mi abuela María Elena

*El hijo de Rana,
Rin-Rin Renacuajo,
salió esta mañana
lo más de elegante pero qué frío tan macho.*

Rafael Pombo, en su peor momento.

ÍNDICE

Uno	13
Dos.....	17
Tres	21
Cuatro.....	25
Cinco	31
Seis.....	35
Siete	39
Ocho	43
Nueve	47
Diez.....	51
Once	53
Doce.....	55
Trece	57
Catorce	59

Quince.....	63
Dieciséis.....	67
Diecisiete.....	71
Dieciocho.....	73
Diecinueve.....	77
Veinte.....	81
Veintiuno.....	85
Veintidós.....	89
Veintitrés.....	91
Veinticuatro.....	95
Veinticinco.....	99
Veintiséis.....	101
Veintisiete.....	103
Veintiocho.....	105
Veintinueve.....	107
Treinta.....	111
Treinta y uno.....	117
Treinta y dos.....	121
Treinta y tres.....	125
Treinta y cuatro.....	129

UNO

La historia que les voy a contar ocurrió cuando yo era una niña pequeña. En ese entonces la ciudad de Bogotá era pequeñísima también, y se acababa en el barrio de Chapinero, donde mi padre tenía una casa grande en la que vivíamos con él, mis dos hermanos mayores y yo.

Acababa de cumplir once años, y no había hecho mucho más que ir al colegio. Ahora, en cambio, tengo noventa y uno y medio, y ya casi cumpla los noventa y dos, y además tengo siete hijos, veintitrés nietos y doce bisnietos. De modo que ya se pueden imaginar la cantidad de tiempo que ha pasado desde que conocí al viejo Ortegaín Ortega, ese viejo diminuto y maravilloso que se sabía todas, y cuando digo todas me refiero realmente a todas, las palabras. Él es el protagonista de esta historia, pero antes de contarles cómo lo

conocí, es necesario esperar a que mi padre dañe la única radio que teníamos en la casa, por puro y simple despiste, y para eso aún queda un poco.

Mientras tanto les cuento que esa Bogotá de la que hoy se acuerdan solamente los abuelos no sólo era pequeña, sino que era una ciudad prácticamente nueva. Había apenas dejado de ser un pueblo, y se estaba convirtiendo en una gran ciudad, como Buenos Aires o Ciudad de México, que por entonces ya eran señoras capitales. Aquí, en cambio, las calles aún eran de tierra, y con el agua de la lluvia se convertían en los ríos más miedosos, cargados de un fango pegachento que apenas lo tocabas con la punta de tu pie, se tragaba tus zapatos. Y llovía mucho. Por eso, si buscan una foto vieja, de sus abuelos, por ejemplo, verán que los bogotanos andábamos siempre con abrigos y sombreros y guantes y paraguas, pues todos los días, sin que se pudiera adivinar la hora, podía caer el más tremendo chaparrón y dejar a todo el mundo lavado de pies a cabeza, tiritando como un perro después de una ducha fría.

Ni siquiera los campesinos, que aún hoy saben predecir el clima y las lluvias mirando cómo se mueven

las nubes en el cielo, eran capaces de atinarle al clima bogotano, pues en las ciudades, como ustedes saben, las cosas funcionan distinto. Es por eso que mi padre enloquecía de la ira cuando el clima lo tomaba por sorpresa, es decir, casi todos los días. Mi padre era muy friolento, y para salir no se ponía un abrigo sino cinco, uno arriba del otro, operación que le tomaba un buen rato. Un día, viendo que afuera hacía sol, decidió aprovechar para ir al mercado y comprar algunas cosas para la comida. Pero apenas dio un paso fuera de la casa empezó a diluviar, y entonces le tocó volver a entrar, quitarse las cinco capas que llevaba encima y sentarse en su silla de la sala a esperar a que escampara. Mientras hacía esto, protestaba:

— ¡La Virgen de la Cueva se chifló!

Esta era su frase favorita desde que llegamos a Bogotá, pues en Tunja, que es de donde vinimos, el clima no causaba estos problemas: llovía todo el día y punto.

Entonces mi padre se sentó en su sillón y apenas sacó su libro, para ponerse a leer, el sol volvió a salir, hermoso y resplandeciente. Se levantó de nuevo y se volvió a poner todos sus abrigos y cuando abrió la puerta de la casa, el diluvio volvió a caer.

— ¡La Virgen de la Cueva se chifló ahora sí! —gritó furioso, y se volvió a sentar. Entonces, salió el sol. Se paró otra vez. Volvió a llover. Se volvió a sentar. Yo estaba haciendo tareas en la mesa de la sala, pero no pude seguir porque me entró un ataque de risa de ver a mi padre entrando y saliendo y quitándose y poniéndose los abrigos y gritando ¡la Virgen de la Cueva! como un loco del manicomio. En esas volvió a salir el sol. Mi padre se paró de su sillón, y cuando se ponía el último de sus abrigos, cayó el diluvio universal. De la rabia que le dio, mi padre se puso rojo como un papagayo y agarrando la jarra de agua que había sobre la mesa, gritó:

— ¡Qué Virgen ni qué ocho cuartos!

Y se echó toda el agua de la jarra en la cabeza, para tal sorpresa de mis hermanos y yo, que no pudimos evitar soltar la carcajada.

Pero a él no le importó, y en cambio cogió su malecón y así, chorreando agua y humeando furia, abrió la puerta y se fue, momento en el cual, como era de esperarse, salió el sol, y no volvió a llover en todo el día.

DOS

Es que muchos de los bogotanos de esa época andaban un poco locos, como mi padre, en parte debido al clima y a las extrañas costumbres de la Virgen de la Cueva, que yo, no sé por qué, me imaginaba más bien como a una bruja, una bruja loca. Pero también andaban un poco extraños debido a la cantidad de aparatos eléctricos de todo tipo que en esa época llegaron de repente a Bogotá, inundando las tiendas y las casas de todos los bogotanos. Aparatos y aparatos y más aparatos. No era como hoy, que la gente está acostumbrada a ellos y que los niños los manejan sin problema, como mis bisnietos que ahora consiguen toda la música imaginable en ese tal i-Tunes. En mis épocas la música se conseguía directamente con i-Gnacio, que era un viejito que tenía una tienda de discos en la plaza Lourdes. Pero el problema no era ese, sino que como Bogotá era una ciudad tan nueva,

nadie estaba aún acostumbrado a tantos aparatos en la casa y nadie había entendido bien cómo es que se manejaban. Y para peor de males, los aparatos de esa época no eran pequeños y distintos como los de ahora, sino que todos se parecían mal que mal a una enorme caja de madera. La radio era una enorme caja de madera que se ponía en la sala, junto al tocadiscos, que era otra enorme caja de madera, o junto al reloj de pared, que era una enorme caja más, bastante parecida a la nevera y al horno y a la lavadora, tres enormes cajas de madera que en cambio se ponían en la cocina.

Y lo que no era una enorme caja de madera, era entonces una caja de metal bastante grande, como el teléfono y la plancha y la máquina de escribir. Por eso en la época no era nada inusual que la gente metiera la ropa sucia entre la radio, o los abuelos se sentaran al pie de la nevera a escuchar las noticias de la mañana apretando el botón de sacar hielos. Más común todavía era ver a los señores saliendo del café y subiéndose a lo que ellos pensaban que era un automóvil pero no era en realidad otra cosa que un reloj de pared. Y claro, cuando por fin llegaban a sus casas, después de empujar el reloj todo el camino, no era raro que sus esposas los regañaran por llegar tan tarde, sin darse



cuenta que en ese mismo instante sus calzones giraban extendidos sobre el tocadiscos, pues lo habían confundido con la lavadora. Entonces tal vez los dos se reían a carcajadas y después de batir el chocolate con el tubo del teléfono, se sentaban en el lavarropas a leer las noticias en la plancha.